

Brian R. Hamnett, *Raíces de la insurgencia en México. Historia regional, 1750-1824*, traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 264 p. (Sección de obras de Historia)

Cuando sale a la luz pública un trabajo historiográfico que se ostenta como historia regional todos los estudiosos que cultivan dicha especialidad se apresuran a revisarlo con la renovada esperanza de que ahí puedan encontrar algunas respuestas a tantas de sus preguntas e inquietudes. La mayor parte de las veces, desafortunadamente, esas esperanzas quedan insatisfechas, o parcialmente contestadas las preguntas, porque el concepto de región, siempre huidizo, aparece o desaparece por causa de las diferentes perspectivas a que es sometido por el autor en turno, o encubierto y contradictorio en medio de una maraña de datos.

Este trabajo de Brian Hamnett representa con claridad lo elusivo del problema a tratar. Hay que señalar desde luego que en la traducción se traicionó un poco la postulación del problema al trasladar el término "Mexican Regions" (Regiones mexicanas), en el subtítulo original de la obra, por el de "Historia regional", con lo cual se parece prometer un estudio globalizador del territorio encuadrado en la última época del virreinato Español y la primera del México independiente. A lo largo del texto, sin embargo, puede apreciarse que el autor se ocupa de un problema principal, el de los motivos de los habitantes de algunas regiones novohispanas, seleccionadas o caracterizadas por Hamnett, para levantarse en armas contra el gobierno español y lo ejemplifica, o al menos lo intenta, mediante una serie de comparaciones entre los diferentes alzamientos producidos en siete u ocho de dichas regiones localizadas en el centro de la Nueva España.

La línea de análisis principal está inscrita en la que han seguido otros autores como Tutino, Taylor, Van Young, Anna, Costeloe, Katz, etcétera, acerca de que el movimiento de 1810 tiene muchos más rasgos de motín que de revolución y que en realidad formaba parte de una larga serie de expresiones de rebeldía que arrancaban desde la mitad del siglo XVIII. Las importantes contribuciones que este caudal de historiadores ha aportado en el conocimiento y apreciación de los movimientos sociales y políticos del final del periodo colonial es muy significativa y coincide en varios puntos con la visión académica mexicana, liberada ya de sentido apologetico o didáctico, la cual señala que el estallido de 1810 fue la culminación de un continuo proceso de erosión en la estructura del imperio español y del incesante descontento en muchas provincias novohispanas ante el creciente autoritarismo de las autoridades metropolitanas y virreinales. El punto de vista acerca de que el movimiento iniciado en 1810 fue una revolución fallida a la que se fueron encadenando o no una serie de motines, queda aún por revisarse o discutirse en un largo debate historiográfico.

Hay que destacar que la obra de Hamnett se caracteriza, como la de muchos historiadores británicos y norteamericanos, por su acucioso trabajo de investigación en el que el trabajo de archivo, realizado tanto en repositorios de la ciudad de México y de otras ciudades mexicanas, como en algunos de España e Inglaterra, es notable y que resulta tal vez lo más valioso de su trabajo. La sección de fuentes bibliográficas es asimismo nutrida, aunque en ella se incluyen obras muy heterogéneas, sobre todo las referentes a los conceptos de rebelión e insurgencia, que al ser utilizada para apoyar la tesis del autor lo llevan a usar ejemplos harto extemporáneos y exóticos, los cuales parecen metidos con calzador y que no ayudan mucho a la orientación del lector.

El valeroso esfuerzo por estudiar y comparar un amplio grupo de casos regionales proporciona muchos datos significativos, pero también provoca una cierta confusión en el discurso por el apretado ajuste de hipótesis, lo cual lleva a inevitables contradicciones. El estudio singular de los alzamientos regionales durante la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del XIX, algunos de los cuales luego renacen y se prolongan durante la época independiente, tiene una lógica y un mérito indiscutibles, pero es durante el periodo 1810-1821 donde no se aprecia claramente la inserción o no de esos movimientos en las luchas y en los contingentes acaudillados por Hidalgo, Morelos y los demás líderes. También parece demasiado aventurado el catalogar a muchos grupos rebeldes como gavillas de bandoleros; seguramente que bastantes lo fueron, pero todavía hay bastante hilo por desmadejar en lo referente a entornos, intereses y métodos regionales de lucha.

Hamnett advierte, y cumple, que su objeto de estudio es el territorio comprendido entre Acapulco y Veracruz y entre San Luis Potosí y Oaxaca, con una extensión al occidente, Guadalajara y Zacatecas; el espacio que podríamos llamar “clásico” para el periodo de la Guerra de Independencia. Esto deja a todos los interesados en esta opción metodológica que es la historia regional con la tarea de trabajar y analizar los puntos de contacto o aislamiento con todo ese vasto conjunto territorial hacia el norte, sur y sureste del virreinato —eufemísticamente llamadas “zonas periféricas”— donde los movimientos de insurgencia fueron muy débiles o parecieron no haber existido, aunque en realidad podríamos decir que tuvieron tiempos y características diferentes, regionales pues.

JUAN DOMINGO VIDARGAS DEL MORAL